

*Platón*

# Apología de Sócrates

## Índice general

|  |    |
|--|----|
| Proemio . . . . .  | 2  |
| Las antiguas acusaciones . . . . .                           | 3  |
| La presente acusación: diálogo con Meleto . . . . .          | 10 |
| El puesto asignado por la divinidad . . . . .                | 14 |
| El alejamiento de Sócrates de la Política . . . . .          | 17 |
| Las “lecciones” de Sócrates . . . . .                        | 18 |
| La conducta de Sócrates en el Tribunal . . . . .             | 19 |
| Examen de otras contrapropuestas de penas posibles . . . . . | 20 |
| Alocución a los que han votado por la condena . . . . .      | 22 |
| La muerte como bien . . . . .                                | 23 |

*Platón*

## Apología de Sócrates

### Proemio

No sé, señores atenienses, cómo han sido impresionados ustedes por mis acusadores. En cuanto a mí, por poco me olvido de [cómo soy] yo mismo, por causa de ellos, tan convincentemente han hablado. Y sin embargo poco o nada de lo que han dicho es cierto. Pero entre las muchas cosas sobre las que han mentido una de ellas me ha sorprendido en extremo: la de decir que debían ustedes precaverse de no ser engañados por mí, dada mi habilidad al hablar. Pero lo que me ha parecido más desvergonzado de su parte es que no les importa ser refutados inmediatamente por mí con los hechos, puesto que mostraré que de ningún modo [soy] hábil al hablar; a no ser que llamen “hábil al hablar” a quien dice la verdad. Si fuera esto lo que quieren decir, convendría en que soy orador, aunque no a la manera que lo entienden ellos. En efecto, como acabo de decir, poco o nada de cierto han dicho; de mí, en cambio, van ustedes a escuchar toda la verdad.

Ciertamente, por Zeus, señores atenienses, no oirán discursos engalanados con frases y vocablos como los que [usan] ellos, ni [adecuadamente] ordenados; más bien escucharán expresiones improvisadas con las palabras que primero me vienen a la boca. Creo, en efecto, que las cosas que diré son justas: no aguarden de mí otra cosa. Porque sin duda no sería correcto, señores, que a mi edad me dirigiera a ustedes modelando discursos como un muchacho. Y algo más importante, señores atenienses, les pido que me permitan: si escuchan en mi defensa palabras como las que estoy acostumbrado a decir en el ágora, sobre las mesas [de los negociantes], donde muchos de ustedes me han oído, no se asombren ni interrumpen por eso. Porque el caso es que ahora por primera vez comparezco ante un tribunal, tras haber llegado a los setenta años; simplemente vengo a ser como un extranjero respecto del lenguaje [que se emplea] aquí. Ahora bien, si fuera realmente un extranjero sin duda ustedes me excusarían si hablara en el dialecto y con el estilo en los cuales he sido educado. Análogamente, solicito ahora de ustedes algo que es, me parece, justo que se me permita hablar en ese estilo, sea para bien o para mal, y que sólo se examine y preste atención si digo cosas justas o no. Porque tal es la perfección [propia] del juez; la del orador, decir la verdad.

En primer lugar debo defenderme, señores atenienses, de las primeras acusaciones falsas que me han hecho los primeros acusadores; y después de las [acusaciones] posteriores [hechas por acusadores] posteriores. En efecto, muchos acusadores ha habido antes de ustedes, hace ya muchos años, aunque tampoco hayan dicho nada cierto. Y a ellos les temo más que a Anito y los suyos, aunque éstos sean también de temer. Pero aquellos [son] más temibles, señores; los que han educado a muchos de ustedes desde la infancia, acusándome falsamente y convenciéndolos de que hay un tal Sócrates, hombre sabio, preocupado por las cosas del cielo así como dado a investigar cuanto [hay] bajo tierra, y convirtiendo al argumento más débil en el más fuerte.

Estos que han esparcido semejante fama, señores atenienses, son los acusadores temibles para mí. Porque los que [los] escuchan piensan que los que indagan tales cosas no creen en los dioses. Además estos acusadores son numerosos y hace ya mucho tiempo que me acusan; y encima de eso, les han hablado a ustedes en aquella edad en

la que más probablemente les creerían, por ser algunos de ustedes niños y muchachos, y acusaban en realidad sin posibilidad de réplica, ya que nadie podía asumir la defensa.

Pero lo más absurdo de todo es que no se pueda saber ni decir su nombre, como no sea el de algún comediógrafo. Mas todos aquellos que por envidia y forjando una falsa imagen de mí, los han persuadido a ustedes, así como los que persuadían a otros estando ellos mismos convencidos, son los más difíciles [de enfrentar]. En efecto, no se puede hacer comparecer aquí ni refutar a ninguno de ellos, sino que debo defenderme combatiendo como con sombras, inquiriendo sin que nadie conteste. Por lo tanto ustedes deben tener en cuenta, como digo, que mis acusadores han sido de dos clases: unos, los que acaban de acusarme; otros, aquellos a los que he aludido, [me acusan] hace tiempo. Y piensen que primeramente es necesario que me defienda de aquellos, ya que es a sus acusaciones a las que ustedes han escuchado en primer lugar, y más tarde a las que [se han hecho] posteriormente.

Bien. Ahora, señores atenienses, tengo que defenderme y tratar de apartar de ustedes, en tan poco tiempo, la falsa imagen que de mí han adquirido a través de tanto tiempo. Y desearía tener éxito en mi defensa, suponiendo que [sea] lo mejor, tanto para ustedes como para mí. Pero creo que esto es difícil, y de ningún modo se me oculta cuánto [lo] es. De cualquier modo, que las cosas salgan del modo que sea grato al dios; en cuanto [a mí], debo obedecer: a la ley y defenderme.

## Las antiguas acusaciones

Retomemos entonces desde el principio qué acusación es la que ha originado la imagen de mí, confiando en la cual, al parecer, Meleto me ha demandado con semejante cargo. Bien. Pero, ¿qué decían los que forjaron esa imagen falsa? Como si [se tratara] de acusadores [judiciales] hay que leer su testimonio: “Sócrates es culpable de indagar impertinentemente las [cosas] subterráneas y celestiales, y de hacer pasar por más fuerte el argumento más débil, y enseñar a otros estas mismas cosas”. Tal es, aproximadamente [su testimonio]; y, en efecto, ustedes mismos han visto estas cosas en la comedia de Aristófanes: allí un tal Sócrates da vueltas diciendo que anda por los aires y declarando muchas otras tonterías, de las cuales yo no sé nada, ni mucho ni poco. Y no hablo despreciando semejante ciencia, si es que hay algún sabio en semejantes cosas. El caso es que de ningún modo cabe que Meleto me haga procesar por tales causas, sino que, en lo que a mí [toca], señores atenienses, no tengo parte alguna en ellas. Y como testigos ofrezco una vez más a muchos de ustedes mismos, y les pido que intercambien informaciones entre ustedes y declaren aquellos que alguna vez me han oído dialogar: son muchos de ustedes los que [me han oído]. Revelen, pues, unos a otros, si alguna vez alguno de ustedes me ha escuchado conversar poco mucho de tales temas. Y de ello concluirán que de la misma índole aún todas las demás [cosas] que la mayoría dice de mí.

Nada hay [de cierto], en efecto, en todo eso [que se dice].

Ni tampoco si han oído decir a alguien que yo intento educar a los hombres haciendo fortuna con ello; nada de esto es verdad. Claro que a mí me parece hermoso que alguien sea capaz de educar hombres, como Gorgias Leontino, Pródico de Ceos e Hippias de Elis. Pues cada uno de ellos, cuando va a cada una de las ciudades donde los jóvenes pueden recibir lecciones gratuitamente de sus conciudadanos, los convencen de que abandonen las lecciones de éstos y reciban las suyas pagándoles dinero y quedándoles, ~~además, reconocidos.~~

A propósito de eso, vive aquí un sabio varón de Paros, que me he enterado que está residiendo [entre nosotros]. Sucedió que di con un hombre que ha gastado más dinero en sofistas que todos los demás juntos, Calías, hijo de Hipónico. Pues bien, yo lo interrogué; ustedes saben que tiene dos hijos. “Callas, le dije, si en lugar de dos hijos tuvieras que criar dos potros o dos cabras, tendríamos que tomar un experto en ellos y pagarle salario a aquel que pudiera hacerlos más valiosos en cuanto á la perfección que les es propia: éste sería tal vez un entrenador de caballos o un granjero. Ahora bien, puesto que se trata de hombres, ¿qué experto piensas tomar para ellos? ¿Quién es experto en cuanto a tal perfección, como es la humana y cívica? Creo que [eso] ha de haber sido examinado por ti, ya que posees hijos. ¿Hay alguien o no?”, pregunté. “Sin duda”, contestó. “¿Quién es, de dónde [viene] y por cuánto enseña?”, dije. “Eveno de Paros; cinco minas” contestó. Y yo alabé a Eveno, si verdaderamente poseía semejante técnica y estaba tan capacitado de enseñarla. En cuanto a mí, me enorgullecería y me jactaría si fuera experto en tales cosas; pero no lo soy, señores atenienses.

Algunos de ustedes podría tal vez replicar: “Pero Sócrates, ¿cuál es tu ocupación? ¿Cómo se han originado estas ideas falsas acerca de ti? Pues, sin duda, si no te hubieras ocupado en algo más llamativo que lo que hacen los demás, no se habría generado tal fama no se dirían tales cosas si no obrasen de manera distinta que la mayoría. Dinos, pues, de qué se trata, para que no opinemos de ti con ligereza”.

Me parece que el que dijera tales cosas hablaría con justicia, y precisamente intentaré explicarles qué es lo que me ha creado tal reputación y tal falsa imagen. Escúchenme entonces. Quizá parezca a algunos de ustedes que bromeo; sepan, sin embargo, que les diré toda la verdad. En efecto, señores atenienses, por ninguna otra cosa que por una cierta sabiduría es que he adquirido esta reputación. Pero, ¿qué clase de sabiduría es ésta? Precisamente la que es de alguna manera sabiduría humana. En ella sí me atrevo a decir que soy realmente sabio; probablemente, en cambio, aquellos que acabo de mencionar serían sabios en alguna sabiduría sobrehumana, o no sé qué decir [de ella]; yo, en efecto, no la poseo, y el que lo afirme miente y habla de mí con una idea errónea. Por favor, no me interrumpan aunque les parezca que hablo con pedantería; pues no hablaré por mí mismo, sino que remitiré lo que digo a alguien digno de fe. Como testigo de mi sabiduría –si es que es sabiduría– y de cómo es ella, pongo al dios de Delfos. Seguramente han conocido ustedes a Querefonte; éste fue desde joven amigo mío y también amigo de la mayoría de ustedes; marchó al destierro junto con ustedes, y con ustedes regresó. Ustedes saben, entonces, cómo era Querefonte, cuánta pasión ponía en lo que emprendía. Pues bien, en cierta ocasión que fue a Delfos, se atrevió a preguntar al oráculo... pero repito, señores, no me vayan a interrumpir; preguntó si había alguien más sabio que yo. La pitonisa le respondió que no había nadie más sabio. Y acerca de estas cosas puede testimoniar su hermano, aquí presente, ya que Querefonte ha muerto. Dense cuenta ustedes por qué digo estas cosas: les voy a mostrar, en efecto, de dónde se ha originado la falsa imagen de mí. En efecto, al enterarme de aquello reflexionaba así: “¿Qué quiere decir el dios y qué enigma hace? Porque lo que es yo, no tengo ni mucha ni poca conciencia de ser sabio. ¿Qué quiere decir, entonces, al afirmar que soy el más sabio? No es posible, sin embargo, que mienta, puesto que no le está permitido”. Y durante mucho tiempo dudé acerca de lo que quería decir, hasta que con grandes escrúpulos me volqué a su investigación, de la manera siguiente. Fui al encuentro de los que eran considerados sabios, en el pensamiento de que allí –si era posible en algún lado– refutarla la sentencia del oráculo, demostrándole que “este es más sabio que yo, aunque has dicho que lo era yo”. Ahora bien, al examinar a aquel con quien tuve tal experiencia –no necesito dar el nombre: era un político–, señores atenienses, y al dialogar

con él, experimenté lo siguiente: me pareció que muchos otros creían que este hombre era sabio, y sobre todo lo creía él mismo, pero que en realidad no lo era. Enseguida intenté demostrarle que aunque él creía ser sabio, no lo era. La consecuencia fue que me atraje el odio de él y de muchos de los presentes. En cuanto a mí, al alejarme hice esta reflexión: “yo soy más sabio que este hombre; en efecto, probablemente ninguno de los dos sabe nada valioso, pero éste cree saber algo, aunque no sabe, mientras que yo no sé ni creo saber. Me parece, entonces, que soy un poco más sabio que él: porque no sé ni creo saber”. Después fui hasta otro de los que pasaban por ser sabios, y me pasó lo mismo: también allí me atraje el odio de aquél y de muchos otros.

De este modo fui a uno tras otro, bien que sintiendo –con pena y con temor– que me atraía odios; no obstante, juzgué que era necesario poner al dios por encima de todo. Debía dirigirme entonces, para darme cuenta de qué quería decir el oráculo, a todos aquellos que pasaban por saber algo. Y por el perro, varones atenienses –pues es necesario que les diga a ustedes la verdad–, esto es lo que experimenté: al indagar de acuerdo con el dios, me pareció que los de mayor reputación eran los más deficientes o poco menos, mientras que otros, que eran tenidos por inferiores, eran hombres más próximos a la posesión de la inteligencia. Ustedes ven que es necesario que muestre las vueltas que di en mi penoso trabajo, para que la sentencia del oráculo se me tornara irrefutable. En efecto, después de los políticos acudí a los poetas, tanto a los autores de tragedias como a los de ditirambos y a todos los demás, en la idea de que allí me sorprendería in fraganti, por ser más ignorante que aquellos. Llevé así conmigo los poemas de ellos que me parecieron más elaborados, y les pregunté qué querían decir, a fin de que al mismo tiempo me instruyeran. Pues bien, me da vergüenza decirles la verdad, señores; no obstante, debo decirlo. Prácticamente todos o casi todos los presentes hablarían mejor acerca de aquellos poemas que los que los habían compuesto. En poco tiempo me di cuenta, con respecto a los poetas, que no hacían lo que hacían por sabiduría, sino por algún don natural o por estar inspirados, tal como los profetas y adivinos; éstos también, en efecto, dicen muchas cosas hermosas, pero no entienden nada de lo que dicen. Algo análogo me pareció que acontecía a los poetas; y a la vez advertí que, por el hecho de ser poetas, también en las demás cosas creían ser los más sabios de los hombres pero que no lo eran. Me alejé, entonces, pensando que allí tenía la misma ventaja que sobre los políticos.

Para terminar, acudí a los trabajadores manuales. Yo estaba consciente de que no sabía prácticamente nada, y que me encontraría con que éstos sabían muchas cosas hermosas. Y en eso no me engañé, ya que sabían cosas que yo no sabía, y en ese sentido eran más sabios que yo. Pero, señores atenienses, me pareció que nuestros buenos [amigos] los artesanos tenían el mismo defecto que los poetas: a causa de ejecutar bien su oficio, cada uno se creía que también era el más sabio en las demás cosas, incluso en las más difíciles; y esta confusión oscurecía aquella sabiduría. De este modo me pregunté, sobre la base del oráculo, si no era mejor ser como soy: no siendo sabio en cuanto a la sabiduría de ellos ni ignorante en cuanto a su ignorancia, en lugar de poseer ambas cosas, como aquellos. Respondí tanto al oráculo como a mí mismo que es mejor ser como soy.

De esa encuesta, señores atenienses, se generaron muchos odios hacia mí, algunos muy acres y muy violentos, de los cuales surgieron muchos juicios incorrectos acerca de mí. En efecto, en cada ocasión los presentes creen que yo soy sabio en aquellas cosas en que refuto a otro; pero en realidad el dios es el sabio, y con aquella sentencia quiere decir esto: que la sabiduría humana vale poco y nada. Y cuando dice “Sócrates” parece servirse de mi nombre como para poner un ejemplo. Algo así como [si] dijera: “El más

sabio entre ustedes, seres humanos, es aquel que, como Sócrates, se ha dado cuenta de que en punto a sabiduría no vale en verdad nada. Todavía hoy sigo buscando e indagando, de acuerdo con el dios, a los conciudadanos y extranjeros que pienso que son sabios, y cuando juzgo que no lo son, es para servir al dios que les demuestro que no son sabios". Y por causa de esta tarea no me ha quedado tiempo libre para ocuparme de política en forma digna de mención, ni tampoco de mis propias cosas. Antes bien, vivo en extrema pobreza a causa de estar al servicio del dios.

Además de estas cosas [sucedió que] los jóvenes que me seguían espontáneamente, que disponían de mayor tiempo libre [por ser de] mayor fortuna, disfrutaban escuchando[me] examinar a los hombres, y ellos mismos con frecuencia me imitaban, y en consecuencia, intentaban examinar a otros; inmediatamente, pienso, encuentran gran cantidad de hombres que creen saber algo, pero que saben poco o nada. Y de aquí que los examinados por ellos se encolerizan conmigo, en lugar de conmigo mismos, y hablan de un tal Sócrates, abominable al máximo, que corrompe a los jóvenes. Y cuando se les pregunta lo que hace y lo que enseña, no pueden decir nada: lo ignoran. Pero para no aparecer en dificultades, recurren a aquellas cosas a que más se echa mano contra todos los que filosofan: que investiga "las cosas del cielo y las que hay bajo tierra", "no cree en dioses" y "hace prevalecer la razón más débil". Lo cierto es, creo, aunque no lo quieran decir, que ha quedado al descubierto que pretendían saber, pero no sabían nada.

Pero en la medida en que son ambiciosos, y son muchos e impetuosos, hablando de mí enérgicamente y con persuasión, les han llenado a ustedes los oídos y desde hace tiempo hasta ahora han forjado una falsa idea [de mí].

Sobre esa base me atacó Meleto, así como también Anito y Licón. Meleto en nombre del odio de los poetas, Anito en el de los artesanos y políticos, y Licón en el de los oradores. De modo que, como dije al comienzo, me asombraría si fuese yo capaz de apartar de ustedes en tan poco tiempo esta falsa idea que ha llegado a ser así tan grande.

Ésta es, señores atenienses, la verdad, y al hablar no les oculto nada ni grande ni pequeño, ni hago reserva alguna. Sin embargo, sé que por esto mismo me hago enemigos. Lo cual [es] también una prueba de que digo verdad, y aquella es una imagen falsa de mí, y las causas son las [que he señalado]. Y sea ahora o en otra oportunidad que las busquen, encontrarán que son así.

Respecto de las cosas que me han imputado mis primeros acusadores, esto ha de ser suficiente defensa para ustedes. Ahora voy a intentar defenderme de Meleto, este [hombre] honesto y patriota, según dice, y de los [otros acusadores] recientes. Puesto que se trata de acusadores distintos, tomemos ahora la deposición de ellos. He aquí ésta: "Sócrates, dice; es culpable de corromper a los jóvenes y de no creer en los dioses en que la ciudad cree sino en otras [cosas] demoníacas nuevas". De esta índole es el cargo. Examinemos cada punto de este cargo.

Dice que soy culpable de corromper a los jóvenes. Pues bien, señores atenienses, digo que Meleto es culpable, porque bromea en cuestiones muy serias al hacer comparecer hombres ante el tribunal con ligereza, pretendiendo poner celo y cuidar de asuntos de los cuales nunca jamás se ha preocupado. Que esto es así, intentaré mostrárselo a ustedes.

—Ven aquí, Meleto, y dime: lo que más te preocupa, ¿es que los jóvenes lleguen a ser lo mejor posible?

—Ciertamente.

–Bien, di entonces, a estos [señores] ¿quién los hace mejores? Evidentemente lo sabes, pues es tu preocupación. En efecto, has descubierto al que los corrompe, según dices: soy yo, y me has traído ante ellos acusándome [de ello]. Di entonces al que los hace mejores, y revélales quién es.

–¿Qué pasa, Meleto, que callas y no dices nada? ¿No te parece vergonzoso y prueba suficiente de lo que te digo, o sea, que no te has preocupado nada? Mas dime, amigo, ¿quién los hace mejores?

–Las leyes.

–Pero no es eso lo que pregunto, mi querido amigo, sino qué hombre, el cual también conoce antes que nadie las leyes.

–Estos, Sócrates, los jueces.

–¿Qué dices, Meleto? ¿Ellos son capaces de educar a los jóvenes y de hacerlos mejores?

–Sí, al máximo posible

–Pero, ¿todos ellos o unos sí y otros no?

–Todos ellos.

–Bueno es esto que dices, por Hera: gran abundancia de benefactores. Pero veamos, los oyentes que están aquí, ¿los hacen mejores o no?

–También ellos.

–¿Y en lo que toca a los consejeros?

–También los consejeros.

–Pero acaso, Meleto, los [que están] en la asamblea, los asambleístas ¿no corrompen a los más jóvenes? ¿O bien también todos aquellos los hacen mejores?

–También aquellos.

–Entonces, según parece, todos los atenienses, excepto yo, los hacen honorables; sólo yo, en cambio, los corrompo. ¿Esto es lo que quieres decir?

–Precisamente eso es lo que quiero decir.

–En verdad, ¡mucha mala suerte me ha tocado en tu opinión! Ahora contéstame: ¿también te parece que pasa lo mismo con los caballos? O sea, ¿todos los hacen mejores y uno sólo los echa a perder? ¿O no pasa más bien todo lo contrario, que uno sólo es capaz de hacerlos mejores, o a lo sumo unos pocos, los entrenadores de caballos, mientras que la mayoría, cuando trata con caballos y los usa, los arruina? ¿No sucede así, Meleto, tanto a propósito de caballos como de todos los demás animales? Con toda seguridad, sea que tú y Anito callen o lo afirmen. Pues gran felicidad habría en lo que a los jóvenes concierne, si sólo uno los corrompiera mientras los demás los beneficiaran. Pero ya has mostrado suficientemente, Meleto, que jamás te has preocupado por los jóvenes, y revelas claramente tu indiferencia, y que en nada has cuidado de las cosas por las que me haces comparecer.

Pero dínos además, Meleto, por Zeus, qué es mejor: ¿vivir entre ciudadanos honestos o deshonestos? Estimado señor, respóndeme, ya que no es nada difícil lo que te pregunto. Los malvados, ¿no hacen siempre algún mal a los que más cerca de ellos viven, mientras los buenos [harán] algo bueno?

–Claro que sí.

–Ahora bien, ¿hay alguien que quiere ser perjudicado por aquellos que conviven con él, antes que ser beneficiado? Respóndeme, amigo: pues la ley también manda que se responda. ¿Hay alguien que quiera ser perjudicado?

–No, sin duda.

–Pues bien: me haces comparecer pensando que corrompo a los más jóvenes y que los pervierto; ¿voluntaria o involuntariamente?

–Pienso que voluntariamente.

–¿Y entonces, Meleto? ¿Hasta tal punto eres más sabio que yo, siendo tu edad menor que la mía, que sabes que los malos hacen algún mal a los más próximos a ellos y los buenos [algún] bien? ¡Y yo, en cambio, llego a tal punto de ignorancia, que desconozco que, si hago algún daño a los que conviven conmigo, me arriesgo a recibir algo malo de su parte! ¡De modo que todo eso lo hago voluntariamente, según dices! Mas a mí no me convencerás de eso, Meleto, y creo que a ningún otro hombre. O bien yo no corrompo, o bien si corrompo, [lo hago] involuntariamente. Por consiguiente, en cualquiera de los dos casos, mientes. Ahora bien, si corrompo involuntariamente, para tales fallas involuntarias [la] ley no dice que se me haga comparecer aquí, sino que se me enseñe y reprenda en privado. Pues es evidente que, si aprendo, cesaré de hacer lo que hago involuntariamente. Pero tú has evitado tratar conmigo y enseñarme, y no lo has intentado; en cambio, me has hecho comparecer aquí, donde la ley dice que comparezcan los que necesitan castigo, no enseñanzas.

Pero esto, señores atenienses, hace patente lo que les acabo de decir, que Meleto jamás se ha preocupado de esas cosas, ni mucho ni poco.

No obstante, explícanos una cosa, Melero: ¿de qué modo dices que corrompo a los más jóvenes? ¿No es manifiesto, según el texto de la acusación que has presentado por escrito, que es enseñando a no creer en los dioses que la ciudad reconoce, sino en otras cosas demoníacas nuevas? ¿No dices que corrompo al enseñar?

–Claro que lo digo, y rotundamente.

–Pues entonces, Meleto, por los mismos dioses de los cuales se trata, habla más claramente a mí y a estos señores. En efecto, yo no alcanzo a comprender si lo que quieres decir es que enseñó a creer en otros dioses, y en tal caso no soy en absoluto ateo, ni soy culpable en ese sentido, sino que [enseño a creer en dioses] que no son los de la ciudad sino. otros, y de lo que me acusas es de que sean otros. ¿O lo que dices es que en absoluto yo mismo no creo en dioses y enseñó a los demás esas cosas?

–Eso es lo que digo, que no crees en absoluto en dioses.

–¡Admirable, Meleto! ¿Qué es lo que quieres decir? ¿Que no creo que el sol ni la luna sean dioses, como los demás hombres?

–Por Zeus, señores jueces, precisamente él dice que el sol es una piedra, y la luna, tierra.

–¡Pero querido Meleto! ¿es a Anaxágoras a quien crees acusar? ¿Y subestimas a estos señores y crees que son inexpertos en lecturas, como para que no sepan que los libros de Anaxágoras de Clazomene están llenos de afirmaciones como éstas? Y tan luego los jóvenes vendrían a aprender de mí lo que en cualquier momento pueden adquirir en la orquesta por un dracma, como mucho, y reírse de Sócrates, si pretendiera hacer

pasar por tuyas tales cosas, por lo demás tan insólitas como son. Pero, por Zeus, ¿así te parece que es? ¿No creo que exista dios alguno?

—Ciertamente que no, por Zeus, y de ningún modo.

—Lo que dices, Meleto, es increíble; incluso, me parece, [increíble] para ti mismo. Esto a mí me parece, señores atenienses, por completo insolente y licencioso, y simplemente esta acusación ha sido escrita con insolencia y licenciosidad juvenil. Parece, en efecto, como si se me pusiera a prueba componiendo un enigma [como éste]: “A ver si ahora Sócrates, sabio, se percata de que estoy bromeando y contradiciéndome a mí mismo, o bien, si hago caer en la trampa a él y a los demás que están escuchando”, Me resulta manifiesto, en efecto, que en la acusación escrita se contradice a sí mismo; es como si dijese: “Sócrates es culpable de no creer en dioses, pero creyendo en dioses”. Y ciertamente esto es propio de un juego infantil. Pero examinen conmigo, señores, por qué me resulta manifiesto que se [contra] dice. Tú me responderás, Meleto. Y ustedes recuerden lo que les pedí, al comienzo, de no interrumpirme si argumento del modo que me es habitual.

—¿Hay algún hombre, Meleto, que cree que hay asuntos humanos, pero no crea en los hombres? Que me conteste, señores, y no interrumpan una y otra vez. ¿Hay alguien que no crea en caballos pero sí en asuntos equinos? ¿O que no crea que haya flautistas, pero sí asuntos relativos a flautas? No, honorable señor: si no quieres responder, yo te lo digo a ti y a estos otros. Pero al menos responde a esto: ¿hay quien crea que haya asuntos demoníacos, pero no crea en demonios?

—No.

—Cuánto me alegra que contestes, aunque sea a regañadientes y obligado por estos [señores].

Ahora bien, tú dices que creo en [cosas] demoníacas y [las] enseño, sean nuevas o antiguas; pero, en fin, creo en [cosas] demoníacas, según tu afirmación, y está atestiguado en la deposición escrita.

Ahora bien, si creo en [cosas] demoníacas, sin duda es forzoso que crea también en divinidades. ¿No es así? ¡Claro que lo es! Supongo que estás de acuerdo, puesto que no respondes. En cuanto a los demonios, ¿no los consideramos dioses o hijos de dioses? ¿Dices sí o no?

—Sí, por supuesto.

—Pues entonces, si creo en demonios, como dices, y si los demonios son cierta [clase] de dioses, es como digo, que haces enigmas y bromeas al decir que yo no creo en dioses, pero enseguida nuevamente que creo en dioses, ya que creo en demonios. Si, por otro lado, los demonios son ciertos hijos bastardos de dioses y de ninfas o de otras [madres], como a veces se dice, ¿qué hombre creería que hay hijos de dioses pero no dioses?

Análogamente sería insólito si alguien creyera que hay mulas [nacidas] de caballos y asnos, pero no creyera que hay caballos ni asnos. No, Meleto; no es posible que hayas presentado esta acusación por escrito si no hubieses pensado ponernos a prueba, a menos que estés en dificultades para imputarme una verdadera culpabilidad. Pero por ningún artificio has de persuadir a hombres que tengan incluso poca inteligencia, de que no es propio de la misma [persona] creer tanto en [cosas] demoníacas como en [cosas] divinas, y a la vez, es propio de la misma [persona] no [creer] en demonios ni en dioses ni en héroes.

Señores atenienses: que yo no soy culpable de lo que me acusa Meleto no creo que requiera de mucha defensa, sino que las cosas [dichas son] suficientes.

## La presente acusación: diálogo con Meleto

Respecto de las cosas que me han imputado mis primeros acusadores, esto ha de ser suficiente defensa para ustedes. Ahora voy a intentar defenderme de Meleto, este [hombre] honesto y patriota, según dice, y de los [otros acusadores] recientes. Puesto que se trata de acusadores distintos, tomemos ahora la deposición de ellos. He aquí ésta: "Sócrates, dice; es culpable de corromper a los jóvenes y de no creer en los dioses en que la ciudad cree sino en otras [cosas] demoníacas nuevas". De esta índole es el cargo. Examinemos cada punto de este cargo.

Dice que soy culpable de corromper a los jóvenes. Pues bien, señores atenienses, digo que Meleto es culpable, porque bromea en cuestiones muy serias al hacer comparecer hombres ante el tribunal con ligereza, pretendiénd6 poner celo y cuidar de asuntos de los cuales nunca jamás se ha preocupado. Que esto es así, intentaré mostrárselo a ustedes.

—Ven aquí, Meleto, y dime: lo que más te preocupa, ¿es que los jóvenes lleguen a ser lo mejor posible?

—Ciertamente.

—Bien, di entonces, a estos [señores] ¿quién los hace mejores? Evidentemente lo sabes, pues es tu preocupación. En efecto, has descubierto al que los corrompe, según dices: soy yo, y me has traído ante ellos acusándome [de ello]. Di entonces al que los hace mejores, y revélales quién es.

—¿Qué pasa, Meleto, que callas y no dices nada? ¿No te parece vergonzoso y prueba suficiente de lo que te digo, o sea, que no te has preocupado nada? Mas dime, amigo, ¿quién los hace mejores?

—Las leyes.

—Pero no es eso lo que pregunto, mi querido amigo, sino qué hombre, el cual también conoce antes que nadie las leyes.

—Estos, Sócrates, los jueces.

—¿Qué dices, Meleto? ¿Ellos son capaces de educar a los jóvenes y de hacerlos mejores?

—Sí, al máximo posible.

—Pero, ¿todos ellos o unos sí y otros no?

—Todos ellos.

—Bueno es esto que dices, por Hera: gran abundancia de benefactores. Pero veamos, los oyentes que están aquí, ¿los hacen mejores o no?

—También ellos.

—¿Y en lo que toca a los consejeros?

—También los consejeros.

—Pero acaso, Meleto, los [que están] en la asamblea, los asambleístas ¿no corrompen a los más jóvenes? ¿O bien también todos aquellos los hacen mejores?

–También aquellos.

–Entonces, según parece, todos los atenienses, excepto yo, los hacen honorables; sólo yo, en cambio, los corrompo. ¿Esto es lo que quieres decir?

–Precisamente eso es lo que quiero decir.

–En verdad, ¡mucha mala suerte me ha tocado en tu opinión! Ahora contéstame: ¿también te parece que pasa lo mismo con los caballos? O sea, ¿todos los hacen mejores y uno sólo los echa a perder? ¿O no pasa más bien todo lo contrario, que uno sólo es capaz de hacerlos mejores, o a lo sumo unos pocos, los entrenadores de caballos, mientras que la mayoría, cuando trata con caballos y los usa, los arruina? ¿No sucede así, Meleto, tanto a propósito de caballos como de todos los demás animales? Con toda seguridad, sea que tú y Anito callen o lo afirmen. Pues gran felicidad habría en lo que a los jóvenes concierne, si sólo uno los corrompiera mientras los demás los beneficiaran. Pero ya has mostrado suficientemente, Meleto, que jamás te has preocupado por los jóvenes, y revelas claramente tu indiferencia, y que en nada has cuidado de las cosas por las que me haces comparecer.

Pero dínos además, Meleto, por Zeus, qué es mejor: ¿vivir entre ciudadanos honestos o deshonestos? Estimado señor, respóndeme, ya que no es nada difícil lo que te pregunto. Los malvados, ¿no hacen siempre algún mal a los que más cerca de ellos viven, mientras los buenos [harán] algo bueno?

–Claro que sí.

–Ahora bien, ¿hay alguien que quiere ser perjudicado por aquellos que conviven con él, antes que ser beneficiado? Respóndeme, amigo: pues la ley también manda que se responda. ¿Hay alguien que quiera ser perjudicado?

–No, sin duda.

–Pues bien: me haces comparecer pensando que corrompo a los más jóvenes y que los pervierto; ¿voluntaria o involuntariamente?

–Pienso que voluntariamente.

–¿Y entonces, Meleto? ¿Hasta tal punto eres más sabio que yo, siendo tu edad menor que la mía, que sabes que los malos hacen algún mal a los más próximos a ellos y los buenos [algún] bien? ¡Y yo, en cambio, llego a tal punto de ignorancia, que desconozco que, si hago algún daño a los que conviven conmigo, me arriesgo a recibir algo malo de su parte! ¡De modo que todo eso lo hago voluntariamente, según dices! Mas a mí no me convencerás de eso, Meleto, y creo que a ningún otro hombre. O bien yo no corrompo, o bien si corrompo, [lo hago] involuntariamente. Por consiguiente, en cualquiera de los dos casos, mientes. Ahora bien, si corrompo involuntariamente, para tales fallas involuntarias [la] ley no dice que se me haga comparecer aquí, sino que se me enseñe y reprenda en privado. Pues es evidente que, si aprendo, cesaré de hacer lo que hago involuntariamente. Pero tú has evitado tratar conmigo y enseñarme, y no lo has intentado; en cambio, me has hecho comparecer aquí, donde la ley dice que comparezcan los que necesitan castigo, no enseñanzas.

Pero esto, señores atenienses, hace patente lo que les acabo de decir, que Meleto jamás se ha preocupado de esas cosas, ni mucho ni poco.

No obstante, explícanos una cosa, Meleto: ¿de qué modo dices que corrompo a los más jóvenes? ¿No es manifiesto, según el texto de la acusación que has presentado

por escrito, que es enseñando a no creer en los dioses que la ciudad reconoce, sino en otras cosas demoníacas nuevas? ¿No dices que corrompo al enseñar?

–Claro que lo digo, y rotundamente.

–Pues entonces, Meleto, por los mismos dioses de los cuales se trata, habla más claramente a mí y a estos señores. En efecto, yo no alcanzo a comprender si lo que quieres decir es que enseñé a creer en otros dioses, y en tal caso no soy en absoluto ateo, ni soy culpable en ese sentido, sino que [enseñé a creer en dioses] que no son los de la ciudad sino otros, y de lo que me acusas es de que sean otros. ¿O lo que dices es que en absoluto yo mismo no creo en dioses y enseñé a los demás esas cosas?

–Eso es lo que digo, que no crees en absoluto en dioses.

–¡Admirable, Meleto! ¿Qué es lo que quieres decir? ¿Que no creo que el sol ni la luna sean dioses, como los demás hombres?

–Por Zeus, señores jueces, precisamente él dice que el sol es una piedra, y la luna, tierra.

–¡Pero querido Meleto! ¿es a Anaxágoras a quien crees acusar? ¿Y subestimas a estos señores y crees que son inexpertos en lecturas, como para que no sepan que los libros de Anaxágoras de Clazomene están llenos de afirmaciones como éstas? Y tan luego los jóvenes vendrían a aprender de mí lo que en cualquier momento pueden adquirir en la orquesta por un dracma, como mucho, y reírse de Sócrates, si pretendiera hacer pasar por suyas tales cosas, por lo demás tan insólitas como son. Pero, por Zeus, ¿así te parece que es? ¿No creo que exista dios alguno?

–Ciertamente que no, por Zeus, y de ningún modo.

–Lo que dices, Meleto, es increíble; incluso, me parece, [increíble] para ti mismo. Esto a mí me parece, señores atenienses, por completo insolente y licencioso, y simplemente esta acusación ha sido escrita con insolencia y licenciosidad juvenil. Parece, en efecto, como si se me pusiera a prueba componiendo un enigma [como éste]: “A ver si ahora Sócrates, sabio, se percata de que estoy bromeando y contradiciéndome a mí mismo, o bien, si hago caer en la trampa a él y a los demás que están escuchando”, Me resulta manifiesto, en efecto, que en la acusación escrita se contradice a sí mismo; es como si dijese: “Sócrates es culpable de no creer en dioses, pero creyendo en dioses”. Y ciertamente esto es propio de un juego infantil. Pero examinen conmigo, señores, por qué me resulta manifiesto que se [contra] dice. Tú me responderás, Meleto. Y ustedes recuerden lo que les pedí, al comienzo, de no interrumpirme si argumento del modo que me es habitual.

–¿Hay algún hombre, Meleto, que cree que hay asuntos humanos, pero no crea en los hombres? Que me conteste, señores, y no interrumpan una y otra vez. ¿Hay alguien que no crea en caballos pero sí en asuntos equinos? ¿O que no crea que haya flautistas, pero sí asuntos relativos a flautas? No, honorable señor: si no quieres responder, yo te lo digo a ti y a estos otros. Pero al menos responde a esto: ¿hay quien crea que haya asuntos demoníacos, pero no crea en demonios?

–No.

–Cuánto me alegra que contestes, aunque sea a regañadientes y obligado por estos [señores].

Ahora bien, tú dices que creo en [cosas] demoníacas y [las] enseño, sean nuevas o antiguas; pero, en fin, creo en [cosas] demoníacas, según tu afirmación, y está atestiguado en la deposición escrita.

Ahora bien, si creo en [cosas] demoníacas, sin duda es forzoso que crea también en divinidades. ¿No es así? ¡Claro que lo es! Supongo que estás de acuerdo, puesto que no respondes. En cuanto a los demonios, ¿no los consideramos dioses o hijos de dioses? ¿Dices sí o no?

—Sí, por supuesto.

—Pues entonces, si creo en demonios, como dices, y si los demonios son cierta [clase] de dioses, es como digo, que haces enigmas y bromeas al decir que yo no creo en dioses, pero enseguida nuevamente que creo en dioses, ya que creo en demonios. Si, por otro lado, los demonios son ciertos hijos bastardos de dioses y de ninfas o de otras [madres], como a veces se dice, ¿qué hombre creería que hay hijos de dioses pero no dioses?

Análogamente sería insólito si alguien creyera que hay mulas [nacidas] de caballos y asnos, pero no creyera que hay caballos ni asnos. No, Meleto; no es posible que hayas presentado esta acusación por escrito si no hubieses pensado ponernos a prueba, a menos que estés en dificultades para imputarme una verdadera culpabilidad. Pero por ningún artificio has de persuadir a hombres que tengan incluso poca inteligencia, de que no es propio de la misma [persona] creer tanto en [cosas] demoníacas como en [cosas] divinas, y a la vez, es propio de la misma [persona] no [creer] en demonios ni en dioses ni en héroes.

Señores atenienses: que yo no soy culpable de lo que me acusa Meleto no creo que requiera de mucha defensa, sino que las cosas [dichas son] suficientes.

## El puesto asignado por la divinidad

Ahora bien, anteriormente he dicho que me atraje enemistad de parte de muchos, [cosa] que ustedes bien saben que es cierta. Y esto es lo que me ha de condenar, si se me condena, no Meleto ni Anito, sino esta imagen falsa y [la] envidia de muchos; por lo demás, es lo que ha condenado a muchos otros nobles varones y seguirá condenando, pues no es de temer que la cosa se detenga conmigo.

Quizás alguno diga: “¿Pero no te avergüenzas, Sócrates, de ocuparte de asuntos que te lleven a correr ahora el riesgo de morir?” Yo, por mi parte, le replicaría con palabras justas: “no hablas rectamente, hombre, si crees que un varón, por poco que sea de provecho para alguien, deba calcular el riesgo de vida y muerte, en vez de examinar sólo si, cuando obra, obra justa o injustamente, y si sus obras son de hombre bueno o malo. Según tu argumento, pobres criaturas serían los semidioses que; murieron en Troya; y entre ellos también el hijo de Tetis, quien subestimó el riesgo hasta tal punto frente al deshonor, que, cuando, ansioso por matar a Héctor, su madre, que era diosa, le dijo algo así como: “Hijo, si, vengas el asesinato de tu amigo Patroclo y matas a Héctor, morirás tú también; pues enseguida a ti, dijo, después de Héctor [estará] dispuesto el destino”. Pero él, tras escuchar estas cosas, tuvo en poco la muerte y el peligro, porque temía mucho más vivir como cobarde, sin vengar a los amigos. “Enseguida, dijo, muera tras haber hecho justicia al culpable, y no que permanezca aquí, ridículo, junto a naves curvas, carga para la tierra. ¿Crees que se preocupó de la muerte y del riesgo?”

He aquí, en efecto, señores atenienses, la verdad. En el puesto que alguien se coloca, ya sea porque él mismo haya considerado que sea el mejor o por un jefe se lo haya ordenado, allí, me parece, debe permanecer arriesgándose y sin prevención contra la muerte ni ninguna otra cosa más que contra el deshonor. Yo estaría actuando de manera extraña, señores atenienses, teniendo en cuenta que, cuando los jefes que ustedes eligieron para mandar me ordenaron estar en Potidea, en Anfípolis y en Delión, permanecí allí donde ellos me ordenaron, como cualquier otro, corriendo el riesgo de morir; mientras que ahora que el dios, según he creído y he admitido, es quien me ordena vivir filosofando, examinándome tanto a mí mismo como a los demás, aquí, por miedo a la muerte o por cualquier otro asunto, abandonara el puesto asignado. Sería extraño, y entonces en verdad sería justo que alguien me hiciera comparecer ante el tribunal por no creer que existan dioses, ya que he desobedecido al oráculo y he temido a la muerte, creyendo ser sabio sin serlo. En efecto, señores, temer a la muerte no es otra cosa que creer ser sabio sin serlo; pues es creer saber lo que no se sabe. Nadie conoce la muerte, ni sabe si no llega a ser acaso para el hombre el más grande de los bienes. Pero [se la] teme como si se supiera bien que es el mayor de los males. ¿Y no es ésta, de algún modo, la ignorancia más censurable, la de creer saber lo que no se sabe?

En esto, señores, tal vez es que me diferencio de la mayoría de los hombres, y, si debiera decir que soy más sabio en algo, sería en esto: en que, no sabiendo suficientemente acerca de lo que [hay] en el Hades, tampoco creo saber. Sé, en cambio, que es malo y vergonzoso obrar injustamente y desobedecer al mejor, tanto a un dios como a un hombre. Y por los males que yo sé que son males, jamás temeré o evitaré las cosas que no sé si son buenas. Supongamos, pues, que ahora ustedes me absolvieran y no prestaran oídos a Anito cuando dice que, o bien no debía yo

comparecer aquí, o bien, puesto que he comparecido, no es posible que no se me condene a muerte, alegando que, si me liberaran, los hijos de ustedes pondrían en práctica lo que Sócrates les enseña, con lo cual todos se corromperían por completo.

[Supongamos] que, en vista de eso, me dijeran: “Sócrates, Anito no nos persuadirá ahora, sino que te absolvemos, sobre esta [base]: nunca más pasarás el tiempo en esta investigación ni en filosofar; pero si eres sorprendido haciéndolo, morirás”.

Supuesto tal caso, como he hecho, de que se me absolviera sobre tales [bases], les contestaría: “Yo los respeto, señores atenienses, y los estimo, pero he de obedecer al dios antes que a ustedes, y mientras tenga un hálito de vida y [sea] capaz de ello, no cesaré de filosofar, y de exhortarlos a ustedes, y de explicarle a aquel de ustedes que encontrase, diciéndole cosas como las que acostumbro: “Querido amigo, que eres ateniense [esto es], de la ciudad más poderosa y de mayor fama en cuanto a sabiduría y fuerza, ¿no te avergüenzas de preocuparte por tu fortuna, de modo de acrecentarla al máximo posible, así como a la reputación y a la honra, mientras no te preocupas ni reflexionas acerca de la sabiduría, de la verdad y del alma, de modo que sea mejor?”.

Y si alguno de ustedes me disputara y afirmara que él se ocupa [de estas cosas], yo no lo soltaré enseguida y me marcharé, sino que lo interrogaré, lo examinaré, lo refutaré. Y si me parece no estar en posesión de lo que hace a su perfección, se [lo] diré, y le reprocharé que confiera mucho valor a lo que es inferior, y poco [valor] a lo que es superior.

Y haré esto con quien sea que encuentre, sea más joven o más anciano, extranjero o conciudadano, aunque más con mis conciudadanos, desde que me tienen más próximo en la sociedad. Porque esto [me lo] manda el dios, sépanlo bien. Y por mi parte pienso que nada mejor puede acontecerles en la ciudad que este servicio que presto al dios. En efecto, no hago otra cosa que ir de un lado al otro persuadiéndolos a ustedes, sean jóvenes o ancianos, de no preocuparse por [sus] cuerpos ni por [sus] fortunas sin antes atender intensamente a su alma, de modo que llegue a ser perfecta; diciéndoles que no es de la fortuna que nace la perfección, sino de la perfección que [nace] la fortuna y todos los demás bienes para los hombres, en forma privada o pública. Si corrompo a los jóvenes cuando digo esas cosas [nos encontraríamos con la sorpresa de que], esas cosas serían perjudiciales. Ahora, si alguien afirma que no digo esas cosas sino otras, habla por hablar. En este punto, señores atenienses, yo diría que, convencidos por Anito o no, me absuelvan o no me absuelvan, en cuanto a mi no habré de hacer otra cosa, ni aunque esté mil veces a punto de morir.

No se alboroten, señores atenienses, sino que continúen de acuerdo con lo que les he pedido: que no me interrumpan a pesar de lo que diga, sino que [me] escuchen. Y, en efecto, creo yo, ganarán escuchando. Voy a añadir algo que los inducirá a poner el grito en el cielo, pero de ningún modo hagan eso.

Sepan bien que, si me condenan a muerte, siendo yo [un hombre] tal como digo, más que a mi se perjudicarán ustedes mismos. Porque en cuanto a mí, en nada me perjudicarían Meleto ni Anito, pues no podrían. Creo, en efecto que no es posible que un hombre superior sea perjudicado por uno inferior. Creo que se me puede condenar a muerte, o desterrarme, o despojarme de derechos cívicos. Pero si bien este [señor] o cualquier otro sin duda cree que esas cosas son grandes males, yo no lo creo, sino que [me parece] mucho peor hacer lo que él hace ahora: tratar de condenar a muerte injustamente a un hombre. Pues bien, señores atenienses, mucho más necesario que defenderme a mí mismo ahora, como cualquiera podría creer [lo es defenderlos] a ustedes,

para que no queden en falta, al condenarme, respecto del don que el dios [les ha hecho] a ustedes.

En efecto: si me condenan a muerte, no hallarán con facilidad otro [hombre] como yo –por ridículo que parezca decirlo–, asignado a la ciudad por el dios, como a un grande y noble caballo, perezoso a causa de su tamaño y necesitado de ser despertado por una especie de tábano. Así me parece que el dios me ha aplicado a la ciudad de un modo análogo, para que los despierte, persuada y reproche a cada uno en particular, sin cesar el día entero, siguiéndolos por todas partes. Otro [hombre] semejante no se les aparecerá fácilmente, señores; pero si me hacen caso, me conservarán. Pero tal vez ustedes estén molestos, como quienes son despertados cuando están medio dormidos, me tiren un golpe y, persuadidos por Anito, con ligereza me condenen a muerte. Después, pasarían el resto del tiempo durmiendo, a menos que el dios les enviara algún otro, para cuidar de ustedes. Porque de esto tienen que percatarse: que yo vengo a ser alguien que ha sido donado a la ciudad por el dios. No parece humano, en efecto, el que yo me haya despreocupado de todas mis cosas, y me haya mantenido descuidando mis propiedades durante muchos años, y ocupándome en cambio siempre de las cosas de ustedes, acudiendo a cada uno particularmente, como un padre o un hermano mayor, para persuadirlo de que se ocupe de [su] perfección. Si por lo menos disfrutara de estas cosas y recibiera algún salario al exhortar [lo que hago] tendría algún sentido [para los hombres]. Pero ustedes lo ven ahora; los mismos acusadores que me han imputado todas esas cosas desvergonzadamente, no han sido capaces de llegar al descaro de ofrecer testigos

de que alguna vez yo haya recibido o pedido salario. Suficiente testigo, en efecto, creo es el que yo ofrezco de que digo verdad: mi pobreza.

## El alejamiento de Sócrates de la Política

Ahora bien, quizá parezca insólito el que yo ande por aquí y allá y me mezcle en muchas cosas dando consejos en privado, mientras en público no me atrevo a hacer frente a la multitud de ustedes, dando consejos a la ciudad. La causa de esto es la que muchas veces ustedes me han oído decir en muchas partes, a saber, que una cierta [voz] divina y demoníaca viene a mí, a propósito de la cual Meleto en su escrito me ha acusado, ridiculizándola. Es para mí algo que comenzó desde niño: una voz que surge, y, cada vez que surge, me disuade de algo que estoy a punto de hacer, jamás me impulsa a algo. Esto es lo que se ha opuesto a que yo actuara en política. Y a mí me parece que se ha opuesto muy felizmente; pues deben saber, señores atenienses, que si yo hace tiempo hubiera intentado actuar en asuntos políticos, hace rato que habría perecido, y no habría sido útil a ustedes ni a mí mismo.

Y no se fastidien conmigo porque digo la verdad. Porque no existe hombre que sobreviva si se opone sinceramente sea a ustedes, sea a cualquier otra muchedumbre, y trata de impedir que llegue a haber en la ciudad mucha injusticia e ilegalidad, sine que, para quien ha de combatir realmente por lo justo, es necesario, si quiere sobrevivir un breve tiempo, actuar privadamente, pero no en público. Y ciertamente presentaré pruebas contundentes de esto: no discursos, sino lo que ustedes estiman: hechos. Escuchen, pues, lo que sucedió, para que sepan que no sólo no hay nadie ante quien retrocediera contra lo justo por temor a la muerte, sino que no retrocedería aun cuando debiera morir. Les hablaré con los lugares comunes propios de los pleiteadores, pero con verdad. En ningún momento, señores atenienses, desempeñé ningún otro cargo en la ciudad que el de consejero. Y sucedió que nuestra tribu, la de Antioquidas, ejercía la pritanía cuando ustedes resolvieron el juzgar en conjunto a los diez estrategas que no recogieron [los muertos] para las exequias tras el combate naval, de modo ilegal, como en tiempos posteriores todos ustedes lo reconocieron. En esa ocasión yo, el único entre los pritanes, me opuse a hacer nada contra las leyes, y emití un voto en contrario. Y cuando los oradores estaban dispuestos a denunciarme para hacerme arrestar, y ustedes daban órdenes y gritos, estimé que era necesario recorrer los riesgos del lado de la ley y de la justicia, tutes que ponerme del lado de ustedes queriendo cosas injustas, por temor a la prisión o a la muerte.

Y estas cosas pasaban cuando en la ciudad regla la democracia. Después sobrevino la oligarquía y, a su turno, los Treinta me mandaron llamar, con otros cuatro, a la Rotunda, ordenándonos conducir desde Salamina a León el Salamino, para darle muerte. Cosas tales ordenaban a menudo a muchos otros, queriendo tomar como cómplices a la mayor cantidad posible de gente. Sin embargo, en esa ocasión yo manifesté, no con discursos sino con hechos, que no me preocupaba la muerte -si se me permite hablar sin eufemismos- ni nadie, sino que no realizaría nada injusto ni impío, y que sólo de esto me cuido. Porque aquel poder, aun siendo fuerte como era, no me atemorizó como para que llevara a cabo algo injusto; así, después de que salimos de la Rotunda, los otros cuatro marcharon a Salamina y trajeron a León, mientras que yo me aparté y marché a casa, y tal vez eso me hubiera costado la vida, si el poder [de los Treinta tiranos] no hubiera sido derribado tan de pronto. De todo esto ustedes tienen numerosos testigos. ¿Acaso piensan ustedes que habría logrado vivir tantos años si hubiera actuado públicamente y, obrando dignamente como un hombre honesto, hubiera defendido a los justos, y, de ser necesario, poner eso por encima de todo? Lejos de ello, señores atenienses, ni ningún otro hombre lo [habría

logrado]. En cualquier caso, durante toda la vida, me he mostrado de ese modo, tanto públicamente, en las ocasiones en que me ha tocado actuar, como privadamente, no con-sintiendo a nadie en ningún momento algo contra la justicia, y menos aún a alguno de aquellos que los que distorsionan mi figura dicen que son mis discípulos.

## Las “lecciones” de Sócrates

Yo, en rigor, no he llegado a ser maestro de nadie. Si al realizar mi tarea alguien quería escuchar lo que yo decía, fuera joven o anciano, nadie jamás se lo impedía. Yo no dialogo cuando recibo dinero y me niego cuando no lo recibo, sino que de manera similar me ofrezco al rico y al pobre para que interroguen y para escuchar, si quieren, lo que yo digo al responder. Siendo así las cosas, si alguno luego es honesto o no, no se me puede imputar la culpa, como no se me pueden imputar lecciones que jamás he dado. Y si alguien dice que en algún momento ha aprendido de mí o escuchado privadamente algo que no han [oído] todos los demás, sepan que no dice la verdad.

Pero entonces, ¿por qué algunos se complacen en pasar mucho tiempo conmigo? Ustedes lo han escuchado, señores atenienses; les he dicho toda la verdad: sucede que los que me escuchan se regocijan cuando examino a los que creen ser sabios sin serlo, pues no carece de amenidad. Pero en cuanto a mí, tal como lo he referido, se trata de algo que me ha ordenado hacer el dios, sea a través de oráculos, o de sueños, o bien de cualquier otro modo por el cual algún designio divino ordena a un hombre hacer algo.<sup>55</sup> Ésta es la verdad, señores atenienses, y fácil de probar. En efecto, si yo ahora corrompo a unos jóvenes, y ya he corrompido a otros, es necesario que algunos de ellos, que han llegado a viejos, hayan conocido a aquellos que, cuando eran jóvenes, yo les haya aconsejado mal alguna vez, y ahora comparecerían para acusarme y pedir mi castigo. Y si ellos mismos no hubieran querido [hacerlo], algunos familiares de ellos, padres, hermanos y otros parientes, puesto que los de su familia habrían sufrido algún mal de mi parte, se acordarían ahora y me acusarían. De cualquier modo, aquí están presentes muchos de ellos, que yo estoy viendo: en primer lugar Critón, que es de mi misma edad y distrito, padre de Critóbulo, que está aquí; luego Lisantias de Esfeto, padre de Esquines, también presente. Además, Antifonte de Quéfiso, padre de Epígenes. Y estos otros cuyos hermanos han pasado el tiempo [conmigo]; Nicóstrato -hijo de Teozótides y hermano de Teodoreto (Teodoreto ha muerto, de modo que no ha podido hacerle la más mínima presión para que viniese)-, también Paralo, hijo de Demódoco y hermano de Teages. Este es Adimanto, hijo de Aristón, cuyo hermano Platón está presente, y Ayantodoro, cuyo hermano Apolodoro también está aquí. Y muchos otros puedo nombrar, alguno de los cuales, como mínimo, Melero habría debido ofrecer como testigos en su discurso. Silo ha olvidado en ese momento, que los ofrezca ahora, yo le cedo mi lugar, que diga si cuenta con alguno de esa índole.

Pero todo lo contrario de eso es lo que escucharán, señores: todos están dispuestos a socorrerme, a mí, que los corrompo, que hago mal a sus parientes, según dicen Meleto

y Anito. Claro que respecto de los que ya están corrompidos puede explicarse tal vez que acudan en mi ayuda. Pero los que no están corrompidos, hombres de mayor edad que son parientes de ellos, ¿por qué motivo puede explicarse que acudan en mi ayuda como no sea lo recto y lo justo, porque advierten que Meleto miente y yo digo la verdad?.

## La conducta de Sócrates en el Tribunal

Bien, señores, con esto ya tendría para defenderme o, a lo sumo, añadiendo algunas cosas semejantes. Pero quizás alguno de ustedes podría irritarse al recordar que él mismo, al litigar en un pleito menor que éste, ha rogado y suplicado a los jueces con abundantes lágrimas, incluso trayendo consigo a los hijos a fin de ser compadecido lo más posible, y otros parientes y muchos amigos, y ahora se encuentran con que yo no hago nada de eso, aunque estoy corriendo, según ha de parecerles, el mayor de los peligros.

Quizá tras pensar esas cosas, se enfurecerán conmigo, y encolerizados por ellas, depositen su voto con cólera. Si llegara a darse ese caso entre ustedes -yo ciertamente espero que no- creo que hablaría con derecho si les dijese: "Sin duda, excelente amigo, también yo tengo parientes; en efecto, para decirlo como Homero, 'no he nacido de troncos ni de piedras sino de hombres, de modo que tengo parientes, incluso hijos, señores atenienses, tres [hijos], uno de ellos ya muchacho, los otros dos niños. No obstante no he traído aquí a ninguno de ellos para pedir a ustedes que voten contra mi condena. ¿Por qué no he de hacer ninguna de esas cosas? No por obstinado, señores atenienses, ni por subestimarlos; y si yo me comporto frente a la muerte temerariamente, ésa es otra cuestión; más bien es en relación a mi honor, el de ustedes y el de la ciudad entera que no me parece bien que yo haga alguna de tales cosas a una edad como la mía y con el nombre con que cuento; ya que, sea cierto o falso, el caso es que existe la opinión de que Sócrates se distingue en algo de la mayoría de los hombres. Pues bien, si los que de ustedes parecen distinguirse por su sabiduría, por su valor o por cualquier otro modo de perfección, obraran de la manera mencionada, sería vergonzoso. Precisamente más de una vez he visto a algunos que tienen reputación, y que cuando son procesados hacen cosas insólitas, convencidos de que morir es algo terrible<sup>1</sup> como si fuesen inmortales en caso de que ustedes no los condenaran a muerte. A mí me parece que llenan de vergüenza a la ciudad, al punto que los extranjeros podrían suponer que aquellos atenienses que son distinguidos en relación con su [tipo de] perfección -y a los que se los elige para magistrados y otros cargos honoríficos- en nada se diferencian de las mujeres. Estas cosas, señores atenienses, es necesario que no las hagamos los que tenemos reputación del modo que sea. Y si las hacemos [es necesario entonces] que ustedes no lo permitan, sino que pongan de manifiesto que condenarán con mucho más [rigor] al que comparece [representando] dramas que muevan a compasión, y poniendo a la ciudad en ridículo, que a aquel que [se] mantiene [en] calma.

Pero aparte de lo concerniente al honor, señores, no me parece justo implorar al juez ni ser absuelto implorando, sino informar y persuadir. En efecto, el juez no está sentado allí para hacer justicia a modo de favor, sino para decidir lo justo: ha jurado no favorecer a quien le plazca, sino dictar sentencia acorde con las leyes. Por consiguiente, es necesario que no nos acostumbremos a [hacer que] ustedes violen el juramento, ni ustedes tampoco deben acostumbrarlos a ello; pues ni unos ni otros obraríamos religiosamente. No esperen entonces de mí, señores atenienses, que haga frente a ustedes cosas que no considero honorables, ni justas, ni religiosas, máxime que precisamente, por Zeus, estoy acusado por Meleto, aquí presente, de irreligiosidad. En efecto, si a ustedes, que han hecho aquel

juramento, los convenciera haciéndoles violencia con mis ruegos, estaría enseñándoles a no tener en cuenta a los dioses; y en realidad, al defenderme [así] me estaría acusando a mí mismo de no creer en dioses. Pero estoy muy lejos de ello: yo creo, señores atenienses, como ninguno de mis acusadores, y dejo en manos de ustedes y del dios decidir, a propósito de mí, de qué modo está dispuesto lo mejor tanto para mí como para ustedes.

## **Examen de otras contrapropuestas de penas posibles**

El hecho de que no me indigne, señores atenienses, ante este posible resultado, a saber, que me hayan condenado, contribuyen muchas cosas, entre otras la de que lo acontecido no era inesperado para mí; sino que estoy mucho más sorprendido de cómo se ha repartido el número total de votos. En efecto, yo no creía que la diferencia fuera tan pequeña sino mucho mayor. En cambio, ahora parece que, si sólo treinta votos hubieran cambiado, habría sido absuelto. Por consiguiente, creo yo, en lo concerniente a Melero, heme aquí absuelto, y no sólo absuelto, sino que es patente a cualquiera que, si no hubiera venido Anito con Licón para acusarme, [Meleto] tendría que pagar una multa de mil dracmas, por no recibir la quinta parte de los votos. Pues bien, este señor propone para mí la pena de muerte. Bien. En cuanto a mí, ¿qué debo contraponerles, señores atenienses? ¿No es evidente que lo que merezco? ¿Qué cosa entonces? ¿Qué trato o compensación me merezco simplemente porque no he guardado reposo a lo largo de la vida, descuidando en cambio las cosas que [inquietan] a la mayoría, como negocios, administración de la casa, cargos de estrategias o líderes políticos, magistraturas en general, etc., así como las ligas, partidos que surgen en la ciudad, por considerarme en verdad demasiado justo para mantenerme a salvo al ir en busca de tales cosas? Por ese camino no marché porque al hacerlo no habría sido útil en nada ni a ustedes ni a mí mismo, sino que fui en busca de cada uno particularmente, prestándoles así el mayor de los servicios, a mi modo de ver: por este camino marché, intentando persuadir a cada uno de ustedes de que no atendieran a ninguna de las cosas de ustedes antes que a ustedes mismos. Y que quedaran atendidos de modo tal que llegaran a ser lo mejor y más sabios posible; [análogamente], no ascender a las cosas de la ciudad antes que a la ciudad misma, y del mismo modo en todo lo demás. ¿Qué trato merezco, pues, por ser así? Un buen trato, señores atenienses, si en realidad se debe compensar de acuerdo con el merecimiento. Y claro está, algo de tal índole que me sea apropiado. Ahora bien, ¿qué es apropiado para un hombre pobre, benefactor necesitado de disponer de tiempo libre para exhortarlos a ustedes? No hay otra cosa que sea apropiada a un hombre semejante, señores atenienses, que ser alimentado en el Pritaneo: mucho más [apropiado] que a cualquiera de ustedes que haya vencido en las olimpiadas en un caballo de carrera, en un coche de dos o cuatro caballos. Pues éste les hace creer que son felices, mientras yo [los hago] ser [felices de verdad]. Además, aquél no necesita de alimento, yo sí. Por consiguiente, si se debe compensarme según mi justo merecimiento, yo propongo esto: alimento en el Pritaneo”

Tal vez a ustedes les parezca que al hablar de este modo, como cuando hablaba acerca de las lamentaciones y ruegos, me expreso jactanciosamente. Pero no es de esa manera, señores atenienses, sino más bien de esta otra: yo estoy persuadido de que no cometo involuntariamente injusticia contra hombre alguno, pero que no los persuado a ustedes de esto. Porque poco tiempo hemos tenido para dialogar entre nosotros. Si existen entre ustedes, como entre otros hombres, una ley tal que no permitiera decidir acerca de

[la pena de] muerte en un solo día sino en muchos, creo que los persuadiré. Pero ahora, en tan poco tiempo, no es fácil disipar tan grandes calumnias.

Persuadido como estoy de que no hago injusticia a nadie, lejos estoy de hacerme injusticia a mí mismo, y decir respecto de mí mismo que soy merecedor de algún mal, y proponer algo de esa índole sobre mí ¿Qué puedo temer? ¿Que me pase lo que Meleto propone para mí, lo cual -he dicho- no sé si es bueno o malo? ¿O bien, en lugar de eso, elegir como compensación cosas que bien sé que son malas, tales como la prisión? ¿Y por qué debo vivir en prisión, esclavo de los magistrados que guardan turno permanentemente, los Once? ¿O bien [proponer] dinero, y estar preso basta pagar la multa? Pero sobre esto precisamente acabo de hablar; no tengo fortuna con la cual pagar multa ¿Acaso he de proponer el destierro? Quizá con esto me vedan compensado. No obstante, mucho amor a la vida tendría si fuese tan irreflexivo como para no poder reflexionar que si ustedes, que son conciudadanos míos, no son capaces de llegar a soportar mis discursos y argumentaciones, sino que les resultan pesados y odiosos hasta el punto de que buscan ahora desembarazarse de ellos, ¿acaso otros lo soportarán fácilmente? Haría falta mucho para eso, señores atenienses.

¡Linda vida sería para un hombre de ciudad exiliarse, cambiando una ciudad por otra y vivir expulsado! Porque han de saber que, vaya adonde vaya, los jóvenes estarán dispuestos a oírme cuando hablo, como aquí. Y si yo los alejara, ellos mismos me expulsarían, persuadiendo a sus mayores; pero si no los alejara, [me expulsarían] sus padres y parientes por sí mismos.

Tal vez alguno diga: “Pero Sócrates, ¿no eres capaz de vivir desterrado por nosotros, callando y quedándote quieto?” Justamente esto es, entre todas las cosas, la más difícil de que los convenza a alguno de ustedes. En efecto, si digo que me es imposible quedarme quieto porque esto es desobedecer al dios, no los convenceré, como si estuviera fingiendo. Ahora, si digo que el supremo bien para un hombre viene a ser hablar a diario acerca de [los modos de] perfección, y las demás cosas acerca de las cuales ustedes me oyen dialogar cuando me examino a mí mismo y a otros; y si [añado] que una vida carente de examen no es vida digna para un hombre, mucho menos los convenceré al decir tales cosas. Sin embargo, las cosas son del modo que afirmo, señores, aunque no [sea] difícil persuadirlos de [ellas].

Y yo, por lo demás, no estoy acostumbrado a considerarme a mí mismo merecedor de pena alguna. Por esa, si uniera fortuna, propondría una cantidad de dinero que estuviera en condiciones de pagar; pues eso en nada me perjudicaría. Ahora bien, no tengo [fortuna];

salvo que ustedes deseen, como compensación, que pague en la medida que puedo. Quizá podría pagarles una mina de plata: eso es, pues, cuanto propongo.

Pero he aquí, señores atenienses, que Platón, Critón, Critóbulo y Apolodoro me exhortan a proponer treinta minas y ellos mismos salen como garantes. Entonces propongo esa cantidad; los que salen garantes de dinero serán para ustedes solventes.

## **Alocución a los que han votado por la condena**

En verdad, por no [aguardar] un breve tiempo, señores atenienses, adquirirán la fama y la acusación, por parte de quienes quieren reprochar a la ciudad, de que hayan matado al sabio varón Sócrates. En efecto, dirán incluso que soy sabio, aunque no lo sea, aquellos que desean censurarlos". Si hubieran aguardado un breve tiempo, esto habría sucedido por si solo, por mi edad pueden ver que estoy ya avanzado en la vida, más bien próximo a la muerte. Esto lo digo no a todos ustedes, sino a aquellos que han votado por mi condena a muerte. Y también esto les digo a aquellos.

Quizá, señores, piensen ustedes que he sido condenado por carencia de discursos como los que los habrían persuadido a ustedes, si yo hubiese juzgado que debía hacer y decir todo lo que me permitiera eludir la sentencia. Lejos de eso. Si se me ha condenado no ha sido ciertamente por carencia de discursos, sino de temeridad, desvergüenza y de disposición a decirles cosas como las que a ustedes les agradaría escuchar de mí, al tiempo que llorara, me lamentara e hiciese y dijese muchas cosas indignas de mí, según preciso yo: cosas tales como las que ustedes están acostumbrados a escuchar de los demás. Pero en su momento he juzgado que no se debe hacer nada servil frente al peligro, y ahora no me arrepiento de haberme defendido así, sino que con mucho prefiero la muerte tras defenderme de este modo, que vivir [habiéndome defendido] con aquellos [otros recursos].

En efecto, sea en los tribunales o en la guerra, ni yo ni ningún otro debe procurar eludir la muerte a cualquier precio. Pues en las batallas con frecuencia se pone de manifiesto que cualquiera puede evitar la muerte arrojando [sus] armas y volviéndose suplicante hacia los perseguidores. Y hay muchos otros artificios para eludir la muerte en cualquier caso de peligro, con tal que uno se atreva a hacer y decir todo [lo necesario]. Pero señores: lo difícil no es evitar la muerte, sino que mucho más difícil es [evitar] la bajeza. En efecto, [ésta] corre más rápido que la muerte. Por eso ahora yo, que soy lento y viejo, soy apresado por el más lento; mis acusadores, en cambio, por ser vigorosos y veloces [son apresados] por el más rápido, la corrupción. Y ahora yo me marchó, condenado a muerte por ustedes, pero ellos han sido condenados por la verdad por depravación e injusticia.~ Yo me atengo a mi pena, ellos [a la suya]. Sin duda ha sido necesario que las cosas fueran así y estimo que se dan según su medida.

En fin, además de esto deseo predecirles algo a ustedes, que me han condenado. Porque estoy ahora en el momento en que los hombres profetizan mejor: cuando están a punto de morir. Pues bien, señores que me han condenado a muerte, les diré que inmediatamente después de mi muerte, recibirán un castigo mucho más duro, por Zeus, que el que me han infligido al condenarme a muerte.

En efecto, al hacer esto creen ahora desembarazarse del tener que someter a prueba su modo de vida. Pero es muy al contrario lo que resultará de esto, según afirmo. Muchos más serán los que los sometan a prueba, a los cuales yo he contenido, sin que ustedes se percataran de ello, y serán más duros cuanto más jóvenes sean, y ustedes se irritarán mucho más. Porque si ustedes creen que condenando a muerte a los hombres

impedirán que alguno les reproche que no vivan correctamente, ¿no reflexionan bien? En efecto, ése no es un [modo] de desembarazarse, ni eficaz en absoluto, ni honorable; el único [modo] realmente honorable y fácil, no es el de impedir a los demás, sino el de prepararse a sí mismo de modo de llegar a ser el mejor. Estas son, por lo tanto, las cosas que pronostico a los que, entre ustedes, me han condenado, al despedirme.

## La muerte como bien

En cuanto a los que han votado por mi absolución, con mucho gusto dialogaría acerca de lo que ha acontecido, mientras los magistrados pasan el tiempo y yo aún no marchó al lugar al que debo ir para morir. Permanezcan conmigo, señores, ese rato, ya que nada nos impide conversar relatándonos entre nosotros hasta tanto sea lícito. Y a ustedes, como a amigos, quisiera mostrarles de qué modo interpreto lo que me ha sucedido ahora. Me ha sucedido, señores jueces -pues a ustedes los puedo llamar jueces de verdad-, algo maravilloso. Se trata de aquella profecía demoníaca habitual en mí, que en tiempos pasados con frecuencia se me hacía presente y se oponía en asuntos completamente sin importancia cuando estaba a punto de hacer algo no correcto. Pues bien, ahora me han sucedido cosas que ustedes mismos ven, y que cualquiera podría juzgar y considerar que es el peor de los males. Pero he aquí que ni cuando salí de casa a la mañana temprano, ni cuando concurrí aquí ante el tribunal, ni en ningún momento en que estaba a punto de decir algo en la argumentación, se me ha opuesto el signo del dios. Y, sin embargo, en medio de otros discursos, me ha impedido hablar. Ahora, en cambio, frente a este asunto, en nada se me ha opuesto, ni al obrar ni al hablar. ¿Cuál debo suponer que es la causa? Les diré: es probable que lo que me ha acontecido resulte un bien, y no sea correcta la suposición que hacemos cuando pensamos que morir es un mal. Una gran prueba de esto es lo que me ha sucedido a mí; pues no podría ser que el signo habitual no se me hubiese opuesto, si lo que yo estaba por hacer no fuera bueno. Reflexionemos un momento: grande es la esperanza de que esto sea un bien. En efecto, el morir es una de dos cosas: o bien no se existe ni se posee ninguna sensación de nada, o bien, como algunos dicen, se produce una transformación del alma, y un cambio de morada desde este lugar hacia otro lugar.

Ahora bien, si no hay ninguna sensación, sino que es como un sueño al modo de cuando el que duerme no sueña ni ve nada, ¡maravillosa ganancia sería la muerte! Porque a mí me parece que si alguien tuviera que elegir aquella noche en la cual hubiese dormido tan profundamente como para no ver sueños, y tras comparar con aquella noche las demás noches y días de su vida, debiera examinarlas y decir cuántos días y noches mejores y más agradables que aquella ha vivido en su propia vida, pienso que no sólo un particular cualquiera sino el mismo Gran Rey encontraría pocas para contar en relación con las otras noches y días. Por consiguiente, si la muerte es algo de esta índole, significa para mí ganancia, pues el tiempo Integro no parecería ser más largo que una sola noche. Si, en cambio, la muerte es algo así como un partir de aquí a otro lugar y es cierto lo que se cuenta, en el sentido de que allí están todos los que han muerto, ¿qué mayor bien habrá que éste, señores jueces? En efecto, si uno llegara al Hades, desembarazado de éstos que se dicen jueces y hallase a los verdaderos jueces, aquellos de los que se dice que juzgan allí: Minos, Radamanto, Eaco, Triptolemo, y además aquellos semidioses que han sido justos en sus propias vidas, ¿sería acaso un viaje de poco valor? Por convivir, además, con Orfeo y Museo, Hesíodo y Homero, ¿cuánto no daría cualquiera de ustedes? En cuanto a mí, estoy dispuesto a morir muchas veces si esto es verdad, ya que para mí

particularmente sería una manera maravillosa de pasar el tiempo, ya que entonces podría conversar con Palamedes, con Ajax Telamoniano y cualquiera de los antiguos que hayan muerto merced a una sentencia injusta: contrastar mi padecimiento con los de ellos, me parece, no sería desagradable. Y lo más grande de todo: ocuparme, como con los de aquí, de examinar e inquirir allí quién de ellos es sabio y quién parece [serlo], pero no [lo es]. ¿Cuánto no daría cualquiera, señores jueces, por escutar al que ha conducido hacia Troya al numeroso ejército, o bien a Ulises o a Sísifo, o bien otros miles de hombres y mujeres que se podrían mencionar? ¡Convivir con ellos, dialogar con ellos y examinarlos sería una felicidad inconcebible! Por lo demás, sin duda los de allí no me condenarían a muerte por esa causa: en efecto, los de allí son también en las otras cosas más felices que los de aquí, y son desde ya por el resto del tiempo inmortales, si es que las cosas que se cuentan son ciertas.

En cuanto a ustedes, señores jueces, es necesario que enfrenten a la muerte con buenas esperanzas, y conciban una sola cosa como verdadera: que no existe mal alguno para el hombre de bien, sea vivo o tras la muerte, y que sus obras no son descuidadas por los dioses. Lo que me ha sucedido no se debe al azar, sino que me resulta patente que ya era mejor para mí morir y descansar de mis tareas. Por ese motivo en ningún momento el signo me ha disuadido y por lo mismo no me irritó demasiado contra los que me han condenado ni contra mis acusadores. Claro que no es con este pensamiento que me han condenado y me han acusado, sino creyendo perjudicarme, en lo cual merecen ser censurados. No obstante, les pido sólo esto: cuando mis hijos crezcan, castíguenlos, señores, afligiéndolos con las mismas cosas con que yo los he afligido a ustedes, si les parece que se preocupan por la fortuna o por cualquier otra cosa antes que por su perfección. Y si aparentan ser algo que no son, repróchenselo, como yo [lo he hecho] con ustedes, por no preocuparse de las cosas que deben, y crean merecer algo que no merecen. Si ustedes hacen esto, yo mismo habré sido objeto de acciones justas por parte de ustedes, y también mis hijos. Pero es ya hora de marcharnos, yo para morir, ustedes para seguir viviendo. Quiénes [ustedes o yo] avanzan hacia una realidad mejor, no es manifiesto a nadie excepto al dios.